

» gocios, dijo, nos ha movido á recordar á nuestros caros y leales Estados de Hungría, la reciente invasion del Austria y los riesgos á que este reino se halla expuesto, invitándolos á buscar remedio á tan graves males. La existencia misma del reino de Hungría, la de nuestros hijos, la de nuestra propia persona se miran amenazadas. Abandonada por todos nuestros aliados, solo confiamos en la fidelidad y favor de que tantas pruebas nos tienen dadas los Húngaros en todos tiempos. En tan extremado peligro, os exhortamos á vos, los Estados y Clases del reino, á deliberar con urgencia sobre los medios mas á propósito para asegurar nuestra persona, nuestros hijos, nuestra corona, y á ponerlos desde luego en práctica. En cuanto á Nos, pueden nuestros Fieles Estados y Clases de la Hungría, contar con nuestra cooperacion, para todo aquello que contribuya al restablecimiento de su pública felicidad y á devolver á este reino su esplendor antiguo. » — Aun no habia cesado de hablar la Emperatriz, y ya los Magnates, desnudando los sables, exclamaban entusiastas : « *Moriamur pro rege nostro Maria Theresia.* » (muramos por nuestro Rey María Teresa) ; votando al mismo tiempo los necesarios subsidios en hombres y dinero. Tambien los generosos Nobles aclamaron entonces, muy gratamente para su Soberana, co-regente de Hungría, al Duque de Lorena, esposo de la Emperatriz. María Teresa levantó despues en sus brazos al Archiduque que habia de ser un dia José II, para que el pueblo bendijese al hijo como á la madre habia bendecido. Tantas y tan sinceras muestras de simpatía, lograron al cabo que sobreponiéndose la naturaleza á la Magestad, prorumpiese la Emperatriz en tan tierno llanto, como pudiera si fuesen sus hermanos cuantos la rodeaban.

« Todo cambió de aspecto desde entonces : de las orillas del Sava y del Theiss á las del Drava y del Danubio, Cróatas, Esclavones y Panduros, volaron á alistarse valerosos y ardiendo en ira bajo el imperial estandarte. Mientras el Elector de Baviera ocupaba primero á Praga, y se hacia luego coronar Emperador en Francfort, los soldados de María Teresa invadian la Baviera misma. Las tropas húngaras amenazaban la Silesia ; Federico II tenia que abandonar la Moravia, y en la batalla de Chotusitz, el Austria se lavaba de la afrenta de Molwitz. Un año despues, progresando de vic-

toria en victoria, hacíase María Teresa coronar en Praga Reina de Bohemia ; mas para llegar á tan importante resultado fuerza le fué reclutar su ejército, y contraer alianzas, no cómo y con quien quisiera, sino cómo y con quien pudo. Así se cuentan entre sus mejores capitanes al Coronel Mentzel y al Baron de Trenek, medio héroes y medio bandidos : mas para apreciar debidamente aquella campaña, atengámonos al juicio, que no se tachará ciertamente de parcial, de su mas encarnizado enemigo : « Para recobrar la Bohemia (dice Federico), la firmeza de la Emperatriz ha sido mas valerosa que la fuerza de sus armas. »

Todo favorecia á María Teresa, y los Franceses hallaban en Praga una imágen anticipada de la desastrosa retirada de 1812, gloriosamente compensada sin embargo por el Mariscal de Sajonia en Tournay, Rocoux y Fontenoy. Vencidas nos pocas dificultades diplomáticas firmóse un tratado en Aquisgran en virtud del cual recobró María Teresa los Países Bajos, de que Luis XIV se habia apoderado, mas renunciando á las conquistas hechas en Italia, y por consiguiente á su grandeza. Desde entonces dedicóse durante siete años consecutivos á la administracion interior de sus Estados, durante los cuales y los nueve anteriores, como lo dice Federico II, « una muger realizó designios dignos de un grande hombre. » Acrecieronse, bajo su cetro, las rentas de la casa de Austria mas de lo que pudiera esperarse ; la justicia se vió regularizada ; disciplinado el ejército, y lo que es mas importante todavía, María Teresa aprendió á conocer á sus cortesanos, y á elegir sus consejeros. En 1756, llamó al ministerio al Conde de Kaunitz, « tan frívolo en sus gustos como en los negocios profundo, » para servirnos de la frase del Real historiador prusiano ; y que era el hombre que habia menester á su lado para habérselas de nuevo con la Europa. El fin que Kaunitz se propuso fué humillar á la Prusia, « proponiéndose para conseguirlo, como lo dice muy bien William Coxe, el osado y casi extravagante de aliarse con la Francia ; proyecto que tuvo la dicha de hacer comprender á María Teresa. » — « Informado de lo que en Versalles pasaba, nos dice Duclos, juzgó que Madame de Pompadour, aunque al parecer en su favor decadente, era sin embargo todavía el instrumento mas seguro para influir en la voluntad de Luis XV ; y entrando con ella en negociaciones hizole lo que á él le convenia que

fuese, y lo que ella misma no hubiera osado pretender : dueña de la Francia. »

Pudo temer el Conde que la dignidad de la Emperatriz repugnase á entablar relaciones con la manceba del Monarca francés : mas á pesar de su devocion, María Teresa consintió en llamar á Juana Poisson, *su Princesa y su prima*; y como el ministro se excusara de haber exigido tal sacrificio, respondióle : « ¿No he adulado á Farinelli? » El tal Farinelli era un *soprano*, favorito y omnipotente en Madrid durante la no muy moral época de la Reina Doña Bárbara. Celebráronse pues secretas conferencias en *Babioles*, casa de campo de la Pompadour; el abate de Bernis, enemigo del Rey de Prusia porque aquel Monarca se habia burlado de sus versos, se declaró por el Austria; y entre una muger de malas costumbres y un clérigo mal poeta, fraguóse en fin el tratado de Versalles, origen y fundamento de la guerra de *siete años*.

Conocidos son los resultados de tan mezquinas intrigas útiles únicamente á la Emperatriz. *Rosbach* acrecentó para la monarquía de los Borbones la calamitosa lista de sus desastres en la historia antigua, famosos en Poitiers, Azincourt y Crecy. En suma el Austria hizo con la Francia un tratado leonino, cada día mas caro á la última en todos conceptos, y que convirtió al nieto de Luis XIV, en una especie de humilde tributario de la hija de Carlos VI. — ; Dónde estabas, oh Richelieu! — Todo lo que de tu nombre quedaba entonces era un Mariscal mas cortesano que soldado, mas libertino que político.

Y ahora ¿ para qué hemos de seguir paso á paso á María Teresa en sus voluntarias degradaciones?

A la muerte de su marido hizo proclamar Emperador á José II, y durante quince años tuvo que contemplar melancólicamente, cómo una sociedad de filósofos iba surgiendo allí mismo donde fuera su propósito resucitar un mundo católico. — Un momento se habia lisongeado con la esperanza de que el enlace de su hija María Antonieta devolveria al Austria su antigua supremacía en Europa : mas pronto el ministerio de Maurepas dispó tales ilusiones; y á mayor abundamiento, ya por entonces empezaba el pueblo en Francia á ser mas que la corte el árbitro de los negocios públicos.

María Teresa, sin embargo, fué quien firmando con Federico II el tratado definitivo de Teschen, el 28 de Febrero de 1780, y restableciendo las antiguas afectuosas relaciones de su dinastía con Catalina II, terminó su reinado, cual lo comenzara, con actos de prudencia y prevision que aseguraron la tranquilidad del imperio. Podia, pues, ya dejar el mundo, y dejólo en efecto, muriendo con su corona de Emperatriz el 29 de Noviembre de 1780, á los sesenta y tres años de su edad, y cuarenta y uno de reinado.

No todas las hijas de María Teresa fueron en sus sentimientos y conducta dignas hermanas de la mártir María Antonieta. No : que Archiduesa era tambien de Austria la Carolina de Nápoles, coronada Bacante, que, si como las de Lesbos no quiso precipitarse de la roca de Léucade, asistió con ávidos carniceros ojos, en compañía de su cómplice Emma Hamilton, al sacrificio de las generosas víctimas que, mártires de la libertad italiana, enrojecieron con su noble sangre las aguas del golfo proceloso. En aquel funesto dia secóse en el monte Posilipo el laurel de Virgilio; y en las áridas rocas de Capria se estremeció de gozo la sombra de Tiberio; porque Tiberio habia en fin hallado en Carolina una digna hermana.

Tuvo María Teresa su dia de ser bella : uno y no mas, pero al cabo fué bella tanto al ceñirse la imperial como la nupcial corona; y fuélo al presentar magnánima su hijo en la Dieta húngara, y arrebatarse con su presencia y palabras á la generosa nacion, tan dura é ingratamente por sus sucesores pagada. La hermosura de la Emperatriz era del género naturalmente magestuoso; la grandeza estaba mas en su persona que en el trono que ocupaba; y el porte de su cabeza pudiera pasar hasta por altanero, si lo afectuoso de su límpida mirada, no templara el exceso del nativo orgullo.

La inteligencia irradiaba sobre su frente; en sus ojos, en su sonrisa, la mágica luz que gentiles y cristianos llamamos todos *gracia*. Ni la moda ni el estudio de agradar entraron nunca para nada en los atractivos de la Emperatriz, obra solo de la naturaleza. En los bailes pantomímicos mismos, y cuando en Venus ó Marfisa se disfrazaba, María Teresa era siempre ella misma.

Poco tuvo que hacer con ella su peluquero, porque rebelde el cabello se burlaba del peine, y nunca parecía mejor que cuando libremente le dejaba ondear sobre la espalda. Mas dar á luz dieciseis hijos, y tenerlos siempre en el seno, no se hace impunemente para la hermosura: María Teresa pues, perdió pronto la flexibilidad del talle y á mayor abundamiento las viruelas desfiguraron su rostro, completándose la catástrofe con una grave caída de un coche. ¿Qué vino á quedar de la Doncella gentil, envidia un tiempo de las encantadoras del Danubio, y en las selvas húngaras digna de presidir á los juegos de los Elfos y de las Wilis? Una cristiana matrona muy obesa, muy pesada, la piel destrozada, flacas las piernas, y apagados los ojos. Cuando murió, segun la etiqueta debian sus Gentiles-hombres haber conducido en hombros su cadáver: mas ella misma dejó dispuesto que se la trasladara al panteon en un carro, previendo sin duda que habian de faltarles fuerzas físicas á sus súbditos para llevar su cuerpo, como antes les faltarán las morales para comprender sus altos designios.

Poco nos importa hoy la ya desvanecida beldad de María Teresa que, para nosotros sin embargo, y gracias al talento de algunos pintores fieles retratistas, aparece en la actualidad todavía, mas grata de contemplar que imágen de muchos de aquellos de sus contemporáneos que se negaron á reconocer como hermosa á la Emperatriz en la primavera de su vida. Lo importante para nosotros, espectadores de la posteridad, es la moral belleza de la virtud que desafía los ultrages del tiempo; y en esa, María Teresa progresó constantemente adquiriendo cada día nuevos encantos que con la edad se acrecentaban. Así pocos instantes antes de espirar, exclamaba con generosa entereza: « Si yo deseara la inmortalidad, sería » para consuelo y alivio de los infelices... » Y, en efecto, las limosnas y pensiones que de su bolsillo particular hacia no bajaban anualmente de la suma de ocho millones de reales; tanto y tan constantemente se ocupaba en mejorar la suerte de los pobres. Ni la agricultura, « arte matriz » y fecundador de todas las demás artes, » como en cierta medalla de su orden acuñada lo hizo grabar, le mereció menos cuidados, antes por el contrario dedicóse con afán y fruto á tranquilizar los espíritus, agitados en aquella época, de los labradores, y á interesarlos en el cultivo, supri-

miendo la pesada carga del diezmo con que los abrumaban prelados poco imitadores de Jesucristo, y promulgando edictos para evitar que la caza, placer de los Grandes, no continuara siendo un motivo de opresion para los pequeños. María Teresa tiene tambien la gloria de haber obligado á los Señores Feudales de Bohemia á renunciar en gran parte á sus tiránicos hábitos con respecto á sus desdichados vasallos; y la no menor de haber contribuido poderosamente á la propagacion de la vacuna en sus dominios. Víctima personalmente de los estragos del terrible azote que durante siglos diezmo la humanidad, la Emperatriz llevó á tal punto su celo para extender el providencial preservativo á que *Jenner* tiene la gloria de haber unido su nombre, que hizo comer en su propia mesa á los primeros pobres del imperio que se prestaron á recibir la vacuna, sirviéndolos ella misma en compañía de sus hijos, y enriqueciéndolos casi además, en recompensa del beneficio recibido ya, y de ser mas felices que su propia bienhechora. Así al dejar este valle de lágrimas llegó María Teresa á las plantas de Dios, acompañada sin duda alguna por aquellos á quienes habia socorrido, consolado, alimentándolos con su propio pan, y mezclando sus lágrimas con las de ellos: cortejo, en verdad mas digno y útil que el que acompaña á las florecientes bellezas que al sepulcro bajan en todo el esplendor de sus hechizos, y los pintores nos retratan en las mas encantadoras actitudes. — ¡ Ah, si ! cuando luzca el tremendo día de la justicia final, que ha de ser el de la resurreccion igualmente, entonces veremos pálidas y deshechas á cuantas Lais y Aspacias, Safos y Lesbias, antiguas y modernas, dejaron la vida hermosas y frescas como la rosa que, nacida por la mañana, arrebatada súbito huracan antes de la tarde. Mas cuando le toque su vez de comparecer ante el soberano calificador, Monarca del Cielo, cuyo supremo criterio juzga definitivamente á los Monarcas de la Tierra, María Teresa no será de las que tengan porqué esconder á los rayos de un sol sin nubes, su cuerpo verdaderamente glorioso; porque en la tierra amó á sus hijos, como María Santísima amaba á Jesús; porque Soberana en el mundo, protegió á los afligidos y del mundo desheredados, como Jesús amparó á Lázaro.

Sombras tienen sin embargo las evangélicas luces de la imágen de María Teresa; porque no fué muy cristiano, abusando de la victoria,

arrancarle á la Francia la enorme suma de treinta y seis millones de francos, para sufragar los gastos de las austriacas conquistas.

¡Quizá treinta años mas tarde expiaba en el cadalso la infeliz María Antonieta, la egoísta dureza de su madre para con la Francia ! ¡ Quizá la hija era víctima expiatoria de los sufrimientos con tan poco generosidad impuestos á los Franceses prisioneros en Praga, á quienes María Teresa negaba hasta el triste placer de darles un postrer abrazo ( como lo solicitaron ) á los cañones que en la batalla, no su falta de valor, sino su mala fortuna perder les hicieran !

## ARSENIO HOUSSAYE.

